

LA REFORMA SOCIAL



A pesar del avance que supone el esquema sobre «La Iglesia en el mundo actual», no podemos estar totalmente satisfechos de su redacción.

El ritmo de «socialización», del que habló Juan XXIII en su Encíclica *Mater et Magistra*, o la vertiginosa promoción personal de todos los estamentos sociales —los obreros, la mujer o la juventud— hacen que de nada valga mirar sólo al momento actual. Por eso Juan XXIII, dejando de lado el tono paternalista de otros documentos eclesiásticos escritos antes de él, adoptó un nuevo estilo mental: detectar los signos de los tiempos y dejarse iluminar por ellos para que el cristianismo pudiera ser de verdad eficaz ante los problemas humanos.

Por el sistema de perder el tiempo y las energías en defender posiciones adquiridas, la Iglesia no irá a ninguna parte. Debe, de una vez para siempre, convencerse de que el catolicismo tiene que ser la vanguardia de la Humanidad, y sobre todo lo hemos de ser —como quería Pío XII— los seglares.

Y quien ausculte las señales de nuestros tiempos ha de encontrarse con el hecho de este desarrollo social, que el mundo pide a ritmo acelerado.

QUIENES todavía piensan en la ingenua solución —esbozada por León XIII tímidamente— que tuvieron hace unos años dos católicos ingleses, Hilaire Belloc y Gilbert K. Chesterton, está a siglos de distancia de nuestra época.

El sistema «distributista» de la propiedad, que propugnó el pensador Belloc, le acerca más a la Edad Media que al año 1965, a pesar de la corta

distancia de sólo cuarenta años que separa sus ideas de las nuestras. Creía él que bastaba atomizar la propiedad, teniendo cada uno su pequeña parcela de terreno, o de bienes, para que el capitalismo liberal quedase superado.

Sin embargo, esta solución miope, propia de una civilización culturalmente infantil, no podía resolver nada. Es como si para ordenar nuestros conocimientos astronómicos utilizásemos un microscopio. Porque dividir atómicamente la propiedad es querer olvidar las posibilidades económicas que ha descubierto la humanidad actual, cuando se organizan amplios conjuntos económicos, que capaciten los esfuerzos de todos, y no los dividan. Parece como si al adagio popular de «divide y vencerás» se le hubiera querido dar la interpretación contraria a la usual, olvidando la sabiduría que encierra.

MUCHOS obispos en el Concilio han sido conscientes de tres cosas: 1) Que el capitalismo liberal es una solución inaceptable para la comunidad humana, porque, siendo a veces eficaz económicamente, es siempre con provecho demasiado exclusivo para los privilegiados mantenedores del dominio financiero. 2) Que el mundo, en todos los órdenes, va socializándose cada vez más, y este signo de los tiempos —detectado y asumido favorablemente por Juan XXIII— debe ser aceptado también por los cristianos. 3) Que cualquier sistema económico-social debe respetar y favorecer el desarrollo personal de todo hombre.

Seguramente nadie más dura y claramente que un obispo español ha execrado la injusticia del capitalismo.

En el Concilio ha dicho, en sustancia, este prelado español: «Denunciemos vigorosamente el capitalismo liberal; es el motivo de que haya tanta pobreza, la cual es una de las causas del ateísmo».

Es éste el mismo capitalismo que habían denunciado Pío XI y Pío XII: el único que existe de hecho, y que hay que tener la valentía de decir que un católico no puede aceptar como solución de los problemas económico-sociales de nuestra época. Este capitalismo que quiere irrogarse derechos ilimitados sobre la propiedad, es «contrario al derecho natural» (Pío XII), y, por tanto, «injusto» (Pío XI). Seamos además sinceros reconociendo que, en la práctica, no conocemos otro tipo de capitalismo, eficaz económicamente, que el capitalismo liberal; por eso debemos dejarnos de adaptaciones teóricas del mismo para hacerlo más justo, y ser realistas al condenarlos socialmente, como han hecho varios Padres en el Concilio.

LA «socialización» es la segunda realidad —ésta positiva— que tenemos que admitir los cristianos. «La Iglesia debe poner más en valor los aspectos comunitarios y colegiales del mundo, gracias a la socialización», ha dicho monseñor Schmitt en el Concilio. «Tengamos el valor de volver a regenerar cristianamente los valores morales de la solidaridad, la hermandad y la socialización», afirmó ante los padres conciliares el patriarca Máximos IV.

No intentemos —más o menos ingenuamente— defender, de una manera o de otra, el «distributismo» de Belloc; ni, en el otro extremo, el capitalismo de los grandes «trusts» privados. Lo uno nivela en la pobreza, y lo otro sólo favorece a unos pocos.

Cuando la Iglesia habla al mundo lo hace siempre desde el punto de vista moral, porque no tiene facultad para determinar la estructura técnica de este mundo, y sólo interviene marcando un mínimo que todo católico debe aceptar. Pero, ¿quiere decir esto que tenemos que conformarnos con ello? Si la Jerarquía no exige, estrictamente hablando, un camino nuevo, el Evangelio nos empuja a buscarlo, ante la angustia sinceramente sentida por los tres mil millones de hombres del año 1965. En los mismos documentos de los Papas, se ve un atisbo de ello. De Pío XI, que decía que a la propiedad privada le incumbía también moralmente una función social, a Juan XXIII, que afirmó rotundamente que esa función social no es sólo un deber moral de la propiedad, sino algo que le es intrínsecamente inherente; el paso recorrido es grande, porque sin una función social esencial, hoy no queda justificada esta propiedad. Pero hay más: Pío XII subrayó que «la socialización» es legítima cuando «aparezca realmente requerida por el bien común». Y, ¿cuándo lo requiere éste? Cuando se vea que es «el único medio eficaz para remediar un abuso, o para evitar un despilfarro de las fuerzas productivas del país, o para asegurar la ordenación orgánica de esas mismas fuerzas». Todo régimen de propiedad —sea el que sea— tiene una única justificación: que viva al «fin de que la economía nacional, por medio de su desenvolvimiento regular y pacífico, abra el camino a la prosperidad material de todo el pueblo» (Pío XII, 11 marzo 1945). Un régimen de propiedad no debe favorecer a unos pocos, sino a todos. Y si es necesario cambiar el sistema de propiedad que hoy existe en la civilización occidental, puede hacerse, porque «el régimen de propiedad, como las demás instituciones de la vida social, no es absolutamente inmutable» (Pío XI: Q. Anno). Como dijo el famoso sociólogo P. Rutten, O. P.: «La propiedad no es digna de tenerse en cuenta, sino en razón de los servicios que presta».

El peligro de todos los regímenes económico-sociales es, además, que no resguarden suficientemente los derechos de la persona humana. Por eso, los Papas Pío XII y Juan XXIII han basado toda la doctrina social de la Iglesia en el respeto y desarrollo de los valores personales.

Ahora bien, con toda justicia se han planteado los obispos reunidos en Roma si verdaderamente el capitalismo liberal que hoy prevalece en gran parte del mundo occidental es respetuoso de estos valores; o más bien la tiranía de unos pocos ahoga los legítimos deseos de los más a una cultura, a una vida digna y a una capacidad real de libertad.

El gran engaño del liberalismo fue decir que defendía la libertad de los hombres. Pero la libertad está condicionada por las estructuras injustas de la sociedad actual: la libertad no es algo que adviene por el simple hecho de que los que están arriba hablen de ella con bonitas palabras.

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

L egoísmo humano vemos hoy más claramente que nunca, que no puede ser el móvil de las relaciones humanas. Porque el egoísmo conduce a que venzan siempre los más fuertes, y no la justicia social para todos.

Me quedo perplejo cuando leo al católico Menéndez y Pelayo haciendo una defensa a ultranza del liberalismo económico, como si fuese un sistema perfectamente canonizable por la Iglesia.

Gracias a Dios, años después, Pío XI afirmó severamente que «no se puede esperar, del libre juego de la competencia, el advenimiento de un régimen económico bien ordenado» (Cuadragésimo Anno). Y, además, denunció que esta «libre concurrencia» ha llevado necesariamente al mundo a otra situación mucho más grave: «la prepotencia económica de unos pocos».

Y hoy asistimos a una tal concentración del poder económico en unas pocas manos, que el cerco que estrecha el dominio dentro de las naciones, va poco a poco extendiéndose al mundo internacional, y el control se ejerce cada vez más por unos pocos detentadores del poder, que ha accedido a escala mundial.

SE ha desviado, en los últimos decenios, nuestro punto de mira cristiano: hemos querido inútilmente conciliar el egoísmo de los hombres con el Evangelio, y el resultado ha sido un fracaso rotundo. Y lo peor es que la voz de alarma por esta inconsecuencia no ha partido de las filas católicas, sino de la ciencia actual. La psicología social, tan desarrollada en estos últimos años en los países de Occidente, ha descubierto que era una falsedad repetir que el móvil de los que trabajan era preferentemente el incentivo material. Los trabajos de Fromm, Houser, Heron, Bize y Milhaud demuestran que las aspiraciones más arraigadas en el hombre que estimulan su trabajo están por encima de las puramente materiales.

Todos quieren vivir justa y dignamente, eso es cierto. Pero no sólo para hacer más frigoríficos o ascensores: el aspecto cuantitativo no resuelve los problemas de base del trabajo en nuestra civilización.

No aspira el hombre sólo a disfrutar placenteramente de una mayor cantidad de puras comodidades materiales, cada vez más refinadas; sino lo que quiere con toda el alma es ser un hombre. Quiere poder tener un cultivo de su espíritu, disfrutar de los valores auténticamente humanos: la ciencia, el arte, la naturaleza, el trabajo noble. Tener unos hijos que puedan vivir un mundo que favorezca más su desarrollo personal.

Algunos cristianos se han olvidado que «lo que Jesús denuncia sin cesar en el Evangelio es el egoísmo y la explotación del hombre por el hombre» (Patriarca Máximos IV). Lo cristiano es eso: superar la enajenación en el trabajo, evitando los sistemas de presión egoísta.

Si en vez de inventar filosofías influidas por un materialismo mecanicista —como hizo la Europa del siglo XIX—, hubieran leído los hombres de aquel tiempo la Biblia, hubieran visto que ésta «asimila el trabajo y el amor»... y «el trabajo, como el amor, es una necesidad más profunda que la necesidad de disfrute egoísta» (Padre Thomas, S. J.).

El trabajo creador no se perderá por no fundamentarlo en el estímulo egoísta material, sino que se ennoblecera más y más fomentando móviles sociales y personales elevados. La organización económico-social no puede basarse en la ambición de unos pocos, sino en la estructura psicológica de los más.

Pero no creamos que todo esto lo puede hacer eficazmente un solo hombre, o un grupo reducido de hombres bienintencionados. La transformación que piden nuestras estructuras «civilizadas», no puede contentarse con ser los hombres un poco más desprendidos, o en recibir los asalariados un poco más de dinero: eso está bien, pero no resuelve gran cosa. Las reformas de la empresa, por ejemplo, siempre serán limitadas en nuestro contexto social de Occidente, donde todo está organizado sobre la base del capitalismo liberal; lo que es preciso para que la buena voluntad de unos pocos sea eficaz, es que se cambie «toda la entera y compleja estructura de la sociedad» (Pío XII). Y en eso los cristianos deben ser tenaces; más tenaces que nadie.